

ASCENSION AL PICO DE VALLIBIERNA

Como quiera que la ascensión al pico de Vallibierna era actividad alternativa a los Rusell he tenido la suerte de leer la magnífica crónica de Guille sobre aquellos. Lo primero que me ha venido a la cabeza, conforme leía las aventuras y desventuras de sus protagonistas, fue aquella frase de Vujadin Boskov que ha transcrito arriba. Futbol es futbol.

Muchos recordarán a Boskov. Yo lo recuerdo perfectamente. Fue entrenador de futbol de origen serbio, que recaló en Zaragoza allá por 1977/78 a entrenar al equipo de la capital. Tuvo mucho éxito y fue llamado por el Real Madrid.

Falleció ya hace tiempo. Fue un entrenador muy respetado y, sobre todo, muy recordado, más que por lo que hizo, por lo que dijo, en su particular serbioespañol, dejando para la posteridad frases inolvidables, como por ejemplo "prefiero perder un partido por nueve goles que perder nueve partidos por un gol". O la célebre explicación de un penalti: "es penalti si árbitro pita". Y, sobre todo, "fútbol es fútbol". Con ello quería explicar lo inexplicable, porque el fútbol es inexplicable. ¿Cómo explicar que hace dos/tres temporadas el Madrid alineara indebidamente a un jugador en la copa del Rey frente al Cádiz y fuera eliminado? ¿Quién fue el melón, dentro del laureado staff madridista, que no se percató? Boskov hubiera comparecido en la rueda de prensa posterior y hubiera explicado eso diciendo "fútbol es fútbol".

Todo esto viene a cuento por lo que relata Guille. ¿Cómo explicar y entender que te pegues el palizón padre, que duermas al raso, que regreses a las tantas a Zaragoza desde el sábado por la mañana que te habías ido y después de meterte una kilometrada? Muy sencillo. Si Boskov hubiera sido montañero hubiera dicho "montaña es montaña". Se hubiera quedado tan ancho y todos lo hubiéramos entendido.

También parecido ocurrió en Vallibierna, pico espectacular y exigente. Digo parecido porque no fue lo mismo que los Russell. Tuvimos en común que salimos de Zaragoza en coche sobre las 9/9:30 de la mañana del sábado para recorrer no sé cuántos kilómetros. Total unas tres horas y media hasta la población de Aneto. De ahí a la presa del embalse y una hora y algo hasta llegar al refugio andando. A partir de aquí, nada que ver.

Los de Vallibierna llegamos escalonadamente, entre las 17:00/18:30 al suntuoso y rutilante refugio de Cap de Llauset, que justamente ese mismo sábado 22 inauguraba por todo lo alto la ampliación de sus instalaciones. Bonito y confortable refugio, al estilo suizo, al decir de los compañeros entendidos, con nuevas y muy cuidadas instalaciones.

Allí nos acomodamos los nueve expedicionarios, ocho en una habitación y el noveno que se quedó descolgado, por sus conocimientos de francés, fue destinado a una habitación ocupada por esos nacionales, junto con los cuales, según dijo, durmió plácidamente.

Nosotros o alguno de nosotros también, creo, aunque algunos dicen que no pegaron ojo. Refugio es refugio, diría Boskov.

A la mañana siguiente, domingo, soleado, caluroso y espléndido, con cierta calma, iniciamos la ascensión. Terreno, duro, áspero y pedregoso. La ascensión transcurrió tranquila, marcando un ritmo apropiado para la generalidad del grupo. Nada que reseñar hasta la cresta cimera. Menuda cresta. No contaba, ni de lejos, con ella. Todo el mundo hablando del paso del caballo (que une el pico Vallibierna con el Culebras) y nadie había dicho nada de la cresta del Vallibierna. Es una cresta larga, extraordinariamente aérea y en algunos puntos ciertamente comprometida. Mentiría si digo que la pasé con solvencia. Menudo miedo. Pero como mi mujer iba delante de mí tuve que hacerme el valiente y hacer como que controlaba bien. Incluso le iba dando consejos, para disimular. No ayudaba pensar que tenía que volver por el mismo camino. Eso sí, las vistas, espectaculares.

Pero lo realmente importante del día era acompañar a tres compañeras a hacer su primer tresmil y seguro que me permitirán dar sus nombres. Luisa, Rebeca y María José. Fue muy celebrado, sus padrinos se emocionaron y corrió el cava. Huelga decir que pasaron la cresta con mucha más elegancia que yo. Enhorabuena a las tres. Prometieron que no sería el primero.

El regreso resultó largo. El calor apretaba y el terreno granítico hacía mella en las rodillas, acumulando cansancio. Llegamos final y felizmente al refugio, donde nos tomamos unas cervezas y dimos cuenta de los frutos secos que nos sobraron.

De ahí otra hora y pico hasta el embalse y a los coches. No teníamos entonces apenas noticias de los de Russell, casi hasta las 18:30. Con la nueva de que se encontraban bien unos partimos para Zaragoza y otros se quedaron en Aneto a esperar a los de Russell. En todo caso nosotros llegábamos casi a las 22:00 horas a Zaragoza, desde las 9:30 del sábado que nos habíamos marchado.

Pues eso. Más de uno pensará (quizá sin desatino) que están locos estos romanos, como decía Obélix, vaya tute. Pero ¿quién explica lo que se siente al alcanzar un tresmil? ¿cómo explicar el respeto que se siente al pasar una cresta donde un descuido o un mal paso te arroja al abismo pero quieres seguir adelante?

¿Quién no se ha emocionado con las vistas que nos regala la montaña a esas alturas?

Yo, desde luego, no puedo explicarlo.

Montaña es montaña.

Un fuerte abrazo

José María Rodríguez